

Cuando las televisiones mueren

JUAN CUETO

Entre otras muchas cosas el polifacético año que viene también será el año de la televisión. Y por dos razones elementales: porque la pequeña pantalla cumple en el 92, precisamente en el 92, medio siglo de existencia como medio; y dos, porque está escrito que será el año en el que, por primera vez, al cabo de medio siglo trinfalista, cierren algunas cadenas de televisión, tanto en Europa como en Estados Unidos. O sea, que celebraremos su primer aniversario redondo, porque cincuenta años del invento más popular bien merece la categoría de evento, y a la vez asistiremos a sus primeros entierros empresariales. Comprendo que por estos sures europeos con tantísima tendencia a orientalizar, es decir, a creerse originales y excepcionales, estos dos eventos anunciados suenan a ciencia-ficción. Cuando las televisiones privadas españolas todavía están en fase de rodaje, incluso de lactancia, tiene que sonar muy raro eso de enterarse de que nuestro medio recién nacido ya tiene medio siglo a sus espaldas y, además, que es un medio que ya empieza a emitir por sus antenas ruido de crisis, como si se tratara de las viejas industrias que echaban humo, tenían ruedas dentadas y creaban proletariado.

Como en tantísimos otros sectores de la vida nacional, la perplejidad y la bancarrota viene de ese ancestral vicio de creernos diferentes. Más

concretamente: de confundir transiciones. Estamos en un período de cambio como pocas veces conoció este siglo, sólo comparable a la era de llamado Siglo de las Luces; si me apuran, comparable al mismísimo Renacimiento, pero resulta que aquí nos empeñamos en seguir utilizando como única herramienta de trabajo y análisis la peculiar y castiza cultura de nuestra célebre transición política de la dictadura a la democracia para viajar en el ojo del huracán de esta Transición (esta vez, sí, pronunciada la palabreja con mayúscula trascendental), que no deja a su paso títere con cabeza y certeza con peana, como es obvio desde mucho antes de la caída del Muro de Berlín y la fantasmagórica guerra del Golfo hasta la debacle de la URSS, suponiendo que cuando salga este artículo los imprevisibles sucesos de septiembre no hayan dejado en la cuneta del olvido, o en ridículo, los ahora famosos sucesos de agosto. Sólo por esta confusión de transiciones, por creer que es posible seguir manejando aquella culturilla de una transición que sólo intentaba implantar lo que en la mayor parte de Occidente está implantado desde el día después de la toma de la Bastilla, en pleno vendaval de una Transición que está poniendo patas arriba todo lo que se le ponga por delante, sin distinción de razas ideológicas y de condiciones industriales, digo que sólo por esta castiza confusión de transicio-